

## **ESTÉTICA DE LO DIMINUTO, DEL PRIMOR HECHO OBRA.**

El primer contacto con la pintura de Manuel Rodríguez suscitó en mí una diversidad de sensaciones. Pintura nueva, puesto que era la primera vez que la contemplaba. Pero, al tiempo, extrañamente familiar y cercana. En cualquier caso, pintura que no podía pasar desapercibida. Podría gustar o no, pero nunca dejar indiferente. Leí algo de lo mucho que sobre él y su obra se ha escrito. Existe una tendencia a encasillar al artista en una determinada corriente, en un movimiento, en una escuela. Es algo que no termino de entender, yo que me muevo en un mundo ajeno por completo al del arte, del que soy tan sólo aficionada.

Hay quien ha bautizado la técnica de Manuel Rodríguez como naif surrealista; hay quien ha incidido en el barroquismo de sus composiciones; hay quien ha resaltado en él su faceta de soñador de formas; hay –finalmente- quien lo contempla bajo la óptica del lenguaje de símbolos. Supongo que cada uno que así ha pensado y escrito tiene su parte de razón. Porque, sin duda, todas esas facetas y muchas más que pudieran decirse se concentran, se resumen y se entrelazan en una obra que desde el ya lejano 1973 viene siendo extensa. Intensa también en lo que se refiere a su contenido, que en cada cuadro va dejando un poco de su propio autor.

No seré yo, desde luego, quien coloque una nueva etiqueta a la pintura de Manuel Rodríguez. Ni estoy capacitada para ello ni creo, además, que sea necesario. Porque el suyo es un arte tan personal que escapa a cualquier etiquetado posible. Arte muy personal, aunque hunda sus raíces en una larga y fecunda tradición. Extrañamente familiar y cercano, decía antes. En efecto, esa fue mi primera impresión.

Amor por el movimiento y lo curvilíneo; colorido brillante y claro; interés por la naturaleza; desarrollo de un paisaje sui géneris. Factura minuciosa y detallista. Para ver de cerca. Para detenerse pausadamente ante el lienzo, intentando aprehender el mínimo detalle. Interiores de pequeñas ventanas que sirven de escenario a una historia, a un momento, a un lugar, a un detalle, a una sensación. Todo ello me hacía recordar la pintura flamenca, en un estilo que se consideró internacional y que centra toda una época de la historia del arte y la pintura. Pintura flamenca minuciosa, detallista, rompiendo esquemas en ocasiones. Sin duda era El Bosco el autor que se me venía a la mente: humorista y burlesco algunas veces, profundo siempre.

Un cierto aire, sí, me parecía existir entre aquella pintura y la de Manuel Rodríguez. Pero había algo más, más próximo y cercano, que me hacía pensar que no era eso, aunque pudiera haberlo sido. Al fin di con ello. Manuel Rodríguez es, por encima de todo - así lo veo- un artesano que viene a alargar esa larga y rica tradición de la artesanía en Granada. Con todo el hondo sentido que ese término encierra. Verde y azul en la sedas. Azul y verde en el tibio reflejo de la loza. Aguas verdosas en el recio cristal. Reflejos azulados del azófar. Fuego dorado en el cobre. Damascos, tafetanes, terciopelos. Suave tacto y gama inconcebible de colores. Blancos, azules, rojos, verdes, violeta... Labor de tarcia, de incrustación. Pequeñas piezas trabajadas con exquisito primor. Manos de artista que, en complicado puzzle, van insertando en el lugar adecuado cada una de ellas. Estrellas de lacería que en su continuidad dispar perfilan el dibujo.

Estética de lo diminuto, del primor hecho obra, el más delicado juego de nuestros artistas. En palabras de Federico: “No es obra de paciencia sino de tiempo; no obra de trabajo, sino obra de pura virtud y amor. Esto no podía suceder en otra ciudad. Pero sí en Granada”.

Diversas sensaciones suscitó en mí el primer contacto con la pintura de Manuel Rodríguez. Pintura extrañamente familiar y cercana. En ella se descubre, a poco que lo busquemos, el espíritu de una ciudad, que puede estar dormido en ocasiones, pero nunca muerto.

*Cristina Viñes Millet  
Catedrática de Historia Contemporánea  
Universidad de Granada*